

LA PALABRA ES EL ALMA

Eduardo Galeano

Les confieso que estoy emocionado y agradecido, por recibir este regalo de mis colegas y porque este acto de generosidad tiene lugar en la sala que lleva el nombre de Julio Castro.

Él fue mi maestro y mi amigo, en los tiempos del semanario *Marcha*, tiempos de imborrable memoria, y de Julio aprendí su entrañable manera de demostrar, como demostró escribiendo y viviendo, que se puede ser el más sabio de los sencillos y el más sencillo de los sabios, sin temor a la verdad, por mucho que ella pueda doler.

Por eso lo asesinaron: porque este gran periodista se había formado siendo maestro rural y como buen hijo de la naturaleza sabía que la palabra es el alma y quien miente traiciona el alma.

Julio jamás traicionó ni se traicionó, y esa pasión de verdad le costó la vida.

A su memoria, por siempre encendida, quiero dedicar el premio que generosamente se me está concediendo.

Por qué escribo

Para empezar, una confesión: desde que era bebé, quise ser jugador de fútbol. Y fui el mejor de los mejores, el número uno, pero solo en sueños, mientras dormía.

Al despertar, no bien caminaba un par de pasos y pateaba alguna piedrita en la vereda, ya confirmaba que el fútbol no era lo mío. Estaba visto; yo no tenía más remedio que probar algún otro oficio. Intenté varios, sin suerte, hasta que por fin intenté escribir, a ver si algo salía, por las dudas.

Y en eso ando. Lo intenté, y lo sigo intentando.

Quise, quiero, decir más con menos, y escribo buscando palabras que sean mejores que el silencio, como exigía mi querido Juan Carlos Onetti.

No es fácil encontrar esas palabras, las desnudas, las que valen la pena. Escribo varias veces cada frase, cada página, en trabajosa guerra

contra la inflación palabraria, que es más jodida que la inflación monetaria.

Intenté, y sigo intentando, aprender a volar en la oscuridad, como los murciélagos, en estos tiempos sombríos.

Intenté, y sigo intentando, asumir mi incapacidad de ser neutral y mi incapacidad de ser objetivo, quizás porque me niego a convertirme en objeto, indiferente a las pasiones humanas.

Intenté, y sigo intentando, descubrir a las mujeres y a los hombres animados por la voluntad de justicia y la voluntad de belleza, más allá de las fronteras del tiempo y de los mapas, porque ellos son mis compatriotas y mis contemporáneos, hayan nacido donde hayan nacido y hayan vivido cuando hayan vivido.

Intenté, intento, ser tan porfiado como para seguir creyendo, a pesar de todos los pesares, que nosotros, los humanitos, estamos bastante mal hechos, pero todavía no estamos terminados.

Intenté, y tengo la esperanza de seguir intentando, ser más fuerte que el miedo al error o al castigo, a la hora de elegir en el eterno combate entre los indignos y los indignados.

Montevideo, 21 de junio de 2013